LA MUSA ENFERMA

(1898-1900)

MISERERE

Á ALFONSO MONGE AVELLANEDA

¡Oh, enlutados y tristes romeros,
leprosos, mendigos, tullidos, poetas,
almas devoradas por todos los vicios,
carnes corroídas por todas las lepras!...
¡Recorred, entonando plegarias,
los caminos que van á la iglesia!

¡Dadme un fuerte bordón, peregrinos!...
Un apoyo, un sostén... ¡Aunque sea
¡oh, leproso!, tu mano deforme,
de sudor y de escamas cubierta!

¡Y arrastrando como una serpiente,
con el cuerpo pegado á la tierra,
seguiré vuestro lento desfile,
á través de las sombras eternas!

¡Tú conoces el tedio, tullido,
que en la noche caminas á tientas,
arrastrando el dolor de tu carne
y el terror de tu enferma conciencia!...

Tú conoces el tedio!... Lo sientes
como plomo pesar en tus venas...
Paraliza tus miembros exangües
y tu planta á la tierra sujeta!

¡Sigue, sigue, á la luz de los cirios,
los caminos que van á la iglesia!...
Besarás con tus labios piadosos
del Dios Bueno la mística enseña;

y dejando tu ex voto en el atrio,
tornarás limpio y sano á tu aldea,
al hogar apacible y alegre
donde amante la esposa te espera,
y los hijos, tendidos los brazos,
con sus risas celebran tu vuelta!

¡Oh, leproso de piel de serpiente
y feroces pupilas de hiena,
que á través de los largos caminos
vas aullando tus trágicas penas!...

¡Tú conoces los hondos dolores
que devoran las almas enfermas!
Tus hidrópicas manos hinchadas,
— ¡más que manos, son zarpas de fiera!, —
manan sangre al contacto del báculo
y al calor de los cirios chirrean;
y tus pies purulentos y negros
enrojecen las lóbregas sendas...

Con la fiebre rechinan tus dientes;
y tu carne podrida y sangrienta
se deshace á jirones, roída
por el diente voraz de la lepra...

¡Sigue, sigue cantando en la sombra,
los caminos que van á la iglesia!

¡Al pasar los umbrales del templo,
besarás prosternado la tierra;
te hundirás en las aguas lustrales,
y ahogarás tus miserias en ellas!...

Y ya libre del mal, sonriente
volverás á tu hogar, donde trémula,
coronada de flores nupciales,
tu ideal prometida te espera!

¡Entonando piadosas plegarias,
negras sombras de inmensas tristezas,
proseguid á la luz de los cirios,
los caminos que van á la iglesia!...

¡Recorred las campiñas dormidas
y las tristes ciudades desiertas!...

Brilla el alba; y en el santuario
que aún en velos envuelven las nieblas,
las campanas, de júbilo locas,
repicando convocan á fiesta!...

A compás de los sones del órgano
que en las bóvedas santas resuena,
el Vicario, luciendo entre cirios
la bordada casulla de seda,
la blancura inmortal de la hostia
en sus dedos ungidos eleva!...

¡Penetrad, entonando plegarias,
leprosos, tullidos, mendigos, poetas!...
Yo, al miraros salir, silencioso,
como estatua yacente, á la puerta,

implorando una santa limosna
tenderé tembloroso mi diestra,
¡dónde aún sangran los clavos de hierro
que á la cruz la tuvieron sujeta!

LA HERMANA NEGRA

Camino sin rumbos, y por mi camino
una hermana negra siempre me acompaña,
mi sombra, tan muda como mi destino,
y como mi vida, tétrica y huraña.

Camino de Arabia la miró la luna
sobre un melancólico camello cargado
de todas las joyas con que la Fortuna
atestó los áureos cofres del Pasado.

La vieron los astros cruzar el desierto,
mientras rastreaban sus pasos las hienas,
llevando á los hombros un ensueño muerto
de asfixia en la cálida sed de las arenas.

¡Sombra, de mi mismo misterio surgiste,
y también conmigo irás al misterio,
al volver al seno de la tierra triste,
bajo los cipreses de algún cementerio!

SONETOS

Á GABRIEL JIMÉNEZ LAMAR

FIEBRES

I

¡Bárbara Musa de coturno trágico,
engendro de Medea y de Saturno;
todo se seca y muere bajo el mágico
influjo destructor de tu coturno!

Mi sangre de pavor se paraliza
cuando en mis castas soledades, Musa,
en las cortinas del umbral se eriza
tu espantosa cabeza de Medusa!

A tu presencia tiembla el alma entera;
y atacado de súbita ceguera
por sendas laberínticas me pierdo...

Y en las sombras sin fin que me rodean,
siento que se despiertan y hormiguean
las víboras hambrientas del recuerdo!

II

¡Qué sueño horrible de pavor! Recorre
aún mi carne nervioso escalofrío...
Aún me eriza el terror... ¡Nada hay que borre
la roja angustia del ensueño mío!

Ensangrentada entre mis brazos!... Siento
aún — y olvidarlo intento en vano —
en mi oído la muerte de tu acento
y el calor de tu sangre por mi mano...

He envejecido en estas horas tanto
que verme en el espejo me da espanto...
Maldiciendo el rigor de su destino

se muere el corazón desesperado...
¡Ven, y calma el dolor de este asesino,
que en un sueño de amor te ha asesinado!

III

Saltar tus ojos de terror querían...
Era un turbión de espanto tu cabello,
mientras mis dedos lívidos se hundían
en la frágil blancura de tu cuello.

Bajo el espanto de tu faz crispada
mis manos te asfixiaban cual serpientes,
y sangraba tu lengua amoratada
entre el blancor pasmado de tus dientes...

Te ví palidecer y desplomarte...
Desperté... Lancé un grito de agonía,
y entre las sombras comencé á llamarte...

Y me quedé de pronto enloquecido
al verme en el espejo, porque había
en una sola noche encanecido!

IV

Mi corazón entero es una llama.
Me siento arder... Todo lo ven mis ojos
como á través de una asfixiante flama
de negras penas y martirios rojos!

Vienes ardiendo toda!... Tu vestido
es una llama que en el aire ondea,
y arremolineado y encendido
como una antorcha, tu cabello humea!...

Me fascina tu ardor de calentura...
¡Bésame entre tus brazos, con locura,
pues conviertes en polvo cuanto besas!...

¡Consume mis despojos en tu fuego,
y en la sombra glacial, aventa luego
la efímera ilusión de mis pavesas!

V

Esta ola de fuego que me envuelve
me arrastra hacia un país desconocido,
y de nuevo á la playa me devuelve,
dejándome en la arena sin sentido.

Y temblando de angustia me despierto,
y me encuentro asfixiado de bochorno,
tendido en las arenas de un desierto
cálido y crepitante como un horno.

El fuego persistente de tus ojos
me envuelve todo en sus reflejos rojos,
y me arrastra á las aguas de algún río...

Y en el silencio de su agua helada,
mientras tirita el alma agarrotada,
se oyen mis dientes rechinar de frío!

VI

Llegó el negro fantasma arrebujado;
y en un gesto de horror y de pavura,
arrojó sobre mí su aliento helado,
y me sentí morir de calentura!

Mi carne se rasgaba como para
morir, y mi osamenta se rompía,
como si á dentelladas desgarrara
mi cuerpo, una famélica jauría!

Surgieron de mi horror, en dislocantes
danzas, esas memorias que me abruman,
porque de mi existencia son compendio,

cual los monstruos de oro crepitantes,
que saltan y se agitan y se esfuman
entre las llamaradas de un incendio!

VII

Tiene la senda combustión de hoguera;
y yo camino tembloroso y ciego,
tras de la antorcha de tu cabellera
que es como un lampo atravesando el fuego!

Mi planta abrasan los carbones rojos;
me envuelve, en espiral, la calentura;
siento la asfixia, y al abrir los ojos
mi cuerpo es una inmensa quemadura!

Y del incendio al resplandor te veo
encendida de amor y de deseo,
sonreir, sin quemarte, entre las llamas...

Dulce te inclinas sobre el cuerpo mío,
y en mis heridas, al besar, derramas
una alegre frescura de rocío!

VIII

Muerte, en mis noches, dí, ¿por qué no exhalas
el olvido letal de tu perfume?
Abriendo sobre mí sus negras alas,
el vampiro del Tedio me consume!

Siento en la boca, helando mis deseos,
las sucias humedades de su hocico,
mientras el buitre de los Prometeos
devora mis entrañas con su pico!